



Vivimos en una sociedad en la que, a menudo, se aprovechan los problemas que plantea la realidad para re-bautizarlos con palabras o expresiones grandilocuentes, con fines únicamente partidistas, que contribuyen a conformar corrientes de opinión dogmáticas, de las cuales, no se puede disentir sin correr el riesgo de ser tachado de fascista. Término, por cierto, clásico, complejo y con múltiples matices, al que como a todo últimamente, se le priva de todo sentido para convertirlo en un eslogan o consigna con el que atacar al contrario.

La tendencia a crear estas etiquetas que abarcan a cuestiones tan diversas como el género, el clima, la economía o incluso el delito, no deja de ser en el fondo una estrategia simplista que parece tener una gran aceptación entre las nuevas generaciones, inmersas en un nuevo sistema de comunicaciones rápidas, superficiales, en las que no hay tiempo para el debate la reflexión o la mera controversia.

Pero lo peor de todo, es que este entramado confunde al ciudadano, al crear necesariamente división y enfrentamiento, teniendo que decidir si adopta la actitud políticamente correcta, uniéndose a la corriente oficial, o se convierte en un antisistema del nuevo orden. Por otro lado, y quizá lo peor y más desconocido, es que se acaba pervirtiendo el ámbito de actuación invadido por este intento de ideologización, de tal manera que llega un momento en que, lo más importante es convencer y aleccionar a las personas intervinientes en el proceso en cuestión, y a la sociedad en general, más que resolver o invertir en la mejora o solución del problema en particular.

Esta forma de gobierno consistente en estar continuamente cargando de ideología cuantos más campos de nuestra vida mejor, es una tendencia acusada últimamente y no solo en nuestro país, pero que no por ello debe hacernos caer ni en el más grande de los desánimos, ni en un estado continuo de indignación y cabreo. Mantener posturas u opiniones contrarias con el poder de turno nunca ha sido fácil, y menos en los tiempos en que vivimos, pero es un buen momento para cargarse de argumentos y ejercer una crítica constructiva, cada uno dentro de su ámbito y posibilidades, con el objetivo de ayudar a solucionar lo verdaderamente importante: los problemas de las personas; y todo ello a pesar de los intentos de los políticos de manosear el trabajo y esfuerzo de los diferentes colectivos profesionales, de su empeño en tergiversar los problemas más que en solucionarlos, y de su denodado esfuerzo en enfrentar a los ciudadanos, más que en conseguir su bienestar, mediante la buena gestión de los recursos. ■

Ignacio Nieto González